

EL AMOR A LA SABIDURIA EN LOS TIEMPOS DEL COLERA

DE LA CRISIS A LA UTOPIA

Alfonso Ibáñez

"La filosofía es, para cada uno y para todos, un llamado a comprenderse y realizarse como libertad razonable en el presente de la historia: situándose en su lugar y en su tiempo, aprendiendo a orientarse en el seno de un mundo complejo, en devenir y sin modelo".

(Francis Guibal)

Antes que nada quisiera felicitar a los estudiantes de filosofía de la Universidad Católica por la iniciativa que han tenido al hacer esta convocatoria, que después el Instituto Riva-Agüero ha potenciado, y al mismo tiempo agradecerles por su amable invitación. La he aceptado, precisamente, por provenir de ellos como una suerte de provocación. Me propusieron participar en un conversatorio sobre *filosofía y realidad nacional*, y lo voy a tomar como vino hasta mí. Es decir, como un intercambio libre de ideas germinales, en proceso de gestación. Por tanto, no pretendo dictar cátedra alguna, sobre todo en lo que se refiere a una problemática tan compleja y escurridiza. Quizá en gran parte porque nosotros mismos nos resistimos a su abordaje frontal.

En cualquier caso, sólo quisiera expresar algunas inquietudes en tono dialogal, invitando a pensar juntos. Se me pidió un título para mi reflexión, y señalé casi espontáneamente el conocido, sin saber bien de qué iba a hablar. Pero la paráfrasis de García Márquez creo que no está demás, porque alude a dos 'amores que matan', o que por lo menos nos hacen sufrir: nuestra filosofía y nuestra realidad nacional muy concreta que, como lo ha enfatizado el historiador Alberto Flores Galindo, experimenta "tiempo de plagas"¹. Ahora bien, ¿estos dos amores se pueden conjugar, pueden ir juntos o es que son incompatibles?

FILOSOFIA

Como en general toda actividad intelectual, para mí la filosofía es un 'acto segundo', pues según la antigua sentencia 'primero hay que vivir para luego filosofar'. La filosofía sería entonces un amor al saber, pero que no puede desligarse completamente de la vida cotidiana. Constituiría más bien un saber afirmativo de la vida, que persigue otorgarle un sentido, aunque sin ninguna garantía a priori de encontrarlo. Por eso procede como un gran signo de interrogación, una reflexión siempre abierta a la integridad de nuestra experiencia humana. Una experiencia que está condicionada por múltiples determinaciones: biológicas, psicológicas, sociohistóricas, etc. Motivo por el cual se halla con frecuencia atravesada de conflictos, de oscuridades abismales, pero también de descos incontenibles.

Si bien existen distintas formas de concebir y practicar la filosofía, recuerdo que ya desde mis tiempos de estudiante en esta Universidad recogí una formulación que me gustó mucho. Aquella que se refiere a la filosofía como "el lugar crítico de las ciencias y de la experiencia humana integral, en donde además se hace la pregunta radical por la verdad radical"². Reflexión crítica, entonces, cuestionamiento de las evidencias y búsqueda insaciable de la verdad. Pero que a veces también la encuentra. Luego la filosofía puede elaborar concepciones del hombre, 'visiones del mundo y de la vida' más o menos coherentes, más o menos sistemáticas. Además, este amor a la sabiduría no es un asunto exclusivamente teórico, sino que tiene mucho que ver con la práctica, con la vida cotidiana de las gentes. Razón por la cual puede significar un 'saber de la vida', proporcionando pautas de comportamiento o proponiendo nuevas formas de vida. Sobre el particular dice Agnes Heller que la filosofía "puede dar una norma al mundo y pretender que los hombres quieran darle un mundo a la norma"³.

Lógicamente, estas tres dimensiones se articulan de manera diferente según los proyectos filosóficos. En todo caso, opino que la filosofía viene a ser la expresión conceptual de la realidad en la cual se inscribe. Así pues, no es algo exterior a ella misma. Es 'hija de su tiempo', como decía Hegel, quien la veía como el tiempo aprehendido en el pensamiento⁴. Por lo tanto, entiendo al quehacer filosófico estrechamente vinculado a la realidad histórica presente. Una reali-

dad histórica que demanda una apropiación crítica con miras a la realización más plena posible de los hombres, y que por eso mismo exige su apertura al futuro. La filosofía sería entonces como el búho de Minerva que levanta su vuelo al atardecer, pero también como la calandria que eleva su canto al amanecer. Espíritu crepuscular, pero sobre todo 'alma matinal'.

CRISIS

No significa ninguna novedad que nuestra realidad histórica es crítica. No falta tampoco quienes observan que estamos pasando por la peor crisis de nuestra historia nacional. Las estructuras, las instituciones, las formas de pensar, los valores e ideales, están profundamente conmovidos. 'Tiempo de plagas', como la del cólera, que configura a su vez un tiempo de profundos desencuentros y de hondos desconciertos. Por eso quizá una de las cuestiones que se colocan en el primer plano de la hora presente es la búsqueda de la propia identidad: ¿Quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos, qué podemos ser? Aunque los más pesimistas se preguntan más bien '¿Cuándo se jodió el Perú?', como si fuera una fatalidad insuperable.

En el interrogante sobre la identidad colectiva, que por supuesto se formula desde diversas entradas, me parece que la filosofía podría pronunciar una voz pertinente. Ya que en el laberinto en que nos hallamos existen recodos para el encuentro, encrucijadas donde se cruzan los caminos y los caminantes. "Perú: problema y posibilidad", sostenía Basadre en los años 20. Tal vez hoy se nos ocurre más como problema que posibilidad. De cualquier modo, ahí está el reto. Pues como también lo entendía Hegel, la filosofía nace de la 'escisión', de los desgarramientos personales, pero sobre todo de las fracturas históricas y epocales⁵.

¿Es posible hacer del Perú un problema filosófico? A mí me parece que sí, siempre y cuando se conceptúe sus reales condiciones de existencia en el concierto de las naciones. Es decir, ubicando la crisis peruana dentro del contexto mundial, en la escena contemporánea. Precisamente porque hoy, como pocas veces, se toma conciencia de una muy profunda crisis histórica. Estaríamos ante el ocaso del mundo moderno, que acarrea la caducidad de los paradigmas de la modernidad. De ahí que no falten los teóricos que hablan ya de la condición

postmoderna. Es más, el pensamiento postmoderno se presenta como la antítesis de la razón que sustenta la modernidad y de la historia en que pretende realizarse. En palabras de Baudrillard, estaríamos ante una 'agonía de la realidad' que justificaría la negación de la historia, del progreso y sobre todo de la espera de un acontecimiento que cambie la historia. Profundo nihilismo, pues, que ya Nietzsche había vaticinado para el siglo venidero, es decir, el nuestro.

Ahora bien, según la propuesta de Habermas, tendríamos que 'autocerciorarnos' de nuestra propia situación para saber a qué atenernos⁶. Pero es lógico que nosotros recibamos el impacto de esta crisis epocal de la modernidad desde nuestra especificidad subcontinental y nacional. Como diría Gustavo Gutierrez, 'desde el reverso de la historia', de esa historia que muchas veces la padecemos más que hacemos. Por ello conviene no olvidar nunca que la modernidad ha mostrado sus rostros más perversos entre nosotros... En cualquier caso, la reflexión crítica de la filosofía debería contribuir a mejorar los diagnósticos de nuestra situación, ubicando y esclareciendo la problemática nacional, ensanchando las perspectivas en el horizonte histórico, ahondando en los asuntos, afinando los marcos categoriales de análisis, etc. Más allá de los resultados, perfectamente discutibles, quisiera evocar el gesto filosófico de Salazar Bondy en los años 60. Confrontándose con los teóricos de la dependencia de aquel entonces, él intentó tematizar la alienación y la dominación cultural que nos caracterizaría⁷. En este sentido, se podría considerar que el pensamiento auténtico busca desentrañar lo propio, pero integrándolo a su tiempo y realidad, dándole universalidad.

UTOPIA

Por otro lado, asumiendo la perspectiva de Marx, que para muchos hoy en día no es más que un exponente de ese universo moribundo de la modernidad, me parece que no basta con proporcionar una 'interpretación' más de nuestro mundo, sino que hay que apuntar a su 'transformación'. Justamente por ello, él pudo ser un crítico agudo de la modernidad, que no es ajena a la civilización industrial capitalista con su mercado mundial, la dominación técnica de la naturaleza y la explotación del hombre por el hombre. Motivo por el cual el amor a la sabiduría debería esforzarse por abrir pistas de salida, buscando alter-

nativas para nuestros males. Pues la filosofía se enraíza en el espíritu de las utopías, en la contraposición de lo que 'es' con lo que 'debe ser'. Y si Heidegger alude al filósofo en tanto que 'pastor del ser', yo me permitiría decir que puede ser visto más bien como el 'pastor de las posibilidades' aún no realizadas, de lo que todavía no es, pero puede ser.

Inmenso desafío, entonces, porque supone la crítica radical y despiadada de lo existente, pero para abrirse a los nuevos posibles, e incluso a lo que aparentemente resulta imposible. Mariátegui dijo alguna vez, en una bella expresión, que 'el Perú es un concepto por crear', a lo cual podríamos añadir: 'una realidad por plasmar'. Y ello implica, al menos de momento, revertir el proceso acelerado de desarticulación y disgregación en que nos hallamos... Ahora bien, la reflexión filosófica peruana debería asumir críticamente la tradición occidental, pero de igual manera nuestra propia tradición nacional. Teniendo muy en cuenta la crisis de la visión eurocéntrica del mundo y de la racionalidad occidental. La razón instrumental y dominadora de los vencedores se topa hoy con sus propias patologías y límites destructivos. El horizonte se torna sombrío ante la amenaza del exterminio de la vida sobre el planeta. Y por eso se da un pronunciado vaciamiento del sentido de la existencia humana.

Ahora que nos disponemos a conmemorar el V Centenario del descubrimiento de América que, como acota Leopoldo Zea, significó más su 'encubrimiento', me pregunto si no es un momento propicio para revalorar lo nuestro y escuchar la voz de los vencidos de la historia. Porque en ese choque de culturas que implicó la conquista española, lo autóctono fue aplastado y se impuso una razón colonial que todavía mantiene su hegemonía. No obstante, aún pervive la peligrosa memoria de nuestros pueblos, que es un patrimonio cultural que nos pertenece. Entonces, ¿porqué no rescatar para el quehacer filosófico ese manantial de sabiduría de nuestras antiguas culturas? ¿La racionalidad más efectiva y vivencial, más mítica y simbólica de nuestros pueblos, no contribuiría a superar el 'logocentrismo' de la razón de Occidente? ¿Acaso la 'visión mágica' de mundo no conlleva otra relación entre el hombre y su entorno, no precisamente de dominación ilimitada? ¿No existirán ahí aportes sugerentes ante la experiencia de la deshumanización que ha supuesto la industrialización y la tecnología comandadas por el 'mito del progreso'?

EL AMOR A LA SABIDURIA

Estas son cuestiones abiertas para las cuales no tengo aún una respuesta adecuada. Pienso, sin embargo, en Castoriadis cuando refería que los países 'subdesarrollados' pueden dar una contribución original a la necesaria transformación de la sociedad mundial. Cedo ante la tentación de citarlo en extenso: "Hablando esquemáticamente, se puede decir que en la mayor parte de esos países las formas tradicionales de cultura no estaban, y no lo están aún hoy en día, completamente disueltas, ni el tipo tradicional de ser humano completamente destruído. Esas formas tradicionales... preservaban algo que ha sido roto por y dentro del desarrollo capitalista en Occidente: cierto tipo de sociabilidad y socialización, cierto tipo de ser humano. Pienso desde hace tiempo que la solución a los problemas actuales de la humanidad deberá pasar por la conjunción de ese elemento con lo que Occidente puede aportar: una transformación de la técnica y del saber occidental de suerte que puedan ponerse al servicio del mantenimiento y desarrollo de las formas auténticas de sociabilidad que subsisten en los países 'subdesarrollados'; y, recíprocamente, la posibilidad para los pueblos occidentales de aprender algo que han olvidado, de inspirarse para dar una existencia nueva a formas de vida verdaderamente comunitarias"⁸.

Tengo especialmente presente a José María Arguedas con su esperanza de que en el Perú fuera posible el encuentro de 'todas las sangres', de todas las culturas, y que aspiraba a vivir, feliz, 'todas las patrias'. Pienso también en un García Márquez quien, al recibir el Premio Nobel en Literatura 1982, evocó las ventajas de nuestro atraso con respecto a los patrones de desarrollo de los países occidentales. En ese foro internacional, donde recordó la violencia y el dolor desmesurados de la historia latinoamericana, defendió nuestro derecho a soñar y a creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía: "una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie puede decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra"⁹.

CULTURA

que confundir la forma occidental de hacer filosofía con la filosofía. Por tanto, deberíamos poseer una noción de filosofía más amplia que permitiese acoger otras formas, no rígidamente académicas, de elaboración teórica de la realidad¹⁰. Por lo demás, los filósofos siempre han buscado nuevas formas de pensar y concebir la realidad circundante. Sin menosprecio de la herencia filosófica universal, ¿en nuestro caso esto no supondrá un intenso diálogo con nuestras tradiciones culturales más fecundas y con la filosofía del sentido común que también contiene su dosis de 'buen sentido'? Ya que nuestro pueblo mísero, atacado por el cólera y por la cólera, también piensa y filosofa a su modo.

De ahí lo sugestivo que resulta la manera de entender la filosofía de la praxis por parte de Gramsci, en tanto que 'reforma intelectual y moral' de los grupos subalternos de la sociedad, lo cual implica entrar en una dinámica de intercambio recíproco con la cultura popular¹¹. Por ello considero que el proyecto histórico alternativo, la utopía de emancipación que necesitamos construir, se puede beneficiar de la actividad filosófica. A condición de que ésta no se encierre en sí misma detrás de sus muros académicos y sepa romper con su tradición aristocrática y elitista. Después de todo, la práctica filosófica reclama un ambiente de libertad y democracia. Tal vez lo importante sea que el amor a la sabiduría se gane un lugar en el espacio público, contribuyendo a ensancharlo y hacerlo más plural. Eso de por sí ya sería un significativo aporte para combatir las intolerancias y la cultura autoritaria que pareciera predominar en nuestro país.

Pero por añadidura, en la fuente de la crisis histórica por la que atravesamos, a nivel nacional e internacional, se puede encontrar una grave crisis de valores e ideales¹². Y en mi opinión, la filosofía está llamada a sostener que no todo da lo mismo, que no todo vale igual. Incluso que hay formas de vida y sistemas socio-políticos profundamente censurables. Es más, la filosofía debería poner el hombro en la fundación nacional de un nuevo proyecto de sociedad basado en la justicia, la libertad y la solidaridad humanas. Un modelo de sociedad y de cultura fundado en otros valores que los que ahora campean en el mundo con su desprecio a la vida humana. Y en esta búsqueda de una vida plena para cada uno y para todos, la democracia sería un valor primordial, porque ella exige una participación consciente y racional en la toma de decisiones que afectan a la comunidad, y esta participa-

ción es una exigencia de libertad. En tanto que la realización consecuente de este valor requiere superar los límites y trabas de los diversos sistemas socio-políticos actuales, la democracia se vuelve un valor altamente subversivo, especialmente entre nosotros.

De otro lado, habrá que prestar mucha atención a la nueva escala de valores que dolorosamente la realidad va configurando, a través de las necesidades y aspiraciones que ponen de manifiesto los diferentes sujetos y movimientos sociales contestatarios. Los filósofos no podemos permanecer impasibles y ajenos a esas luchas y reelaboraciones de la realidad histórica. En este sentido, deberíamos hacernos los intérpretes de los descos y de los sueños, a veces muy oscuros, de los individuos y colectividades. Sin embargo, para ello los filósofos deberemos estar dispuestos a sumergirnos de algún modo en los acontecimientos, desbordando la clásica división social del trabajo, emprendiendo investigaciones interdisciplinarias y apoyando críticamente a los distintos movimientos sociales y políticos que anhelan construir una utopía de emancipación para nuestro país¹³. En fin, asumir un problema, pero también una esperanza, un compromiso.

POLITICA

Quisiera terminar con un toque más confidencial y testimonial. Pertenzco a la llamada 'generación del 68', una generación muy marcada por sucesos como la revolución cubana, el mayo de los estudiantes franceses, la revolución cultural china, la guerra de Vietnam, el gobierno reformista de Velasco o la aparición de la Teología de la Liberación. Una generación radicalizada políticamente, cuyos miembros muchas veces dejaron los claustros universitarios sin acabar la carrera profesional para insertarse en la barriada, en la fábrica, en la comunidad campesina, y que pretendieron formar la 'nueva izquierda'¹⁴. Yo por mi parte pasé varios años enclavado en uno de los cerros de El Agustino, haciendo la experiencia de la pobreza, pero también tratando de estudiar griego y filosofía... En ese clima de 'opción de clase', como se decía entonces, resulta bastante lógica mi adhesión a la tradición filosófica marxista. Claro está que buscando asimilarla a través de sus representantes más lúcidos, como Mariátegui en nuestro medio. Desde ese universo intelectual, y formando parte de diversos proyectos de educación popular, he intentado dar mis aportes.

Hoy la revolución y el socialismo ya no los podemos ver a la vuelta de la esquina. Muchos de mis coetáneos, de buena o mala gana, se han ido acomodando al sistema. Otros emprenden ahora el camino de regreso, cansados o desencantados de la revolución social. Y en medio de todas las crisis que he evocado, ocurre a su vez el espectacular derrumbe de los 'socialismos reales' con su consiguiente puesta en cuestión del marxismo como tal. Felizmente, diría yo, porque eso despeja el panorama haciendo estallar los dogmas doctrinales y los modelos preestablecidos. Sin embargo, ello no me lleva a desconocer las importantes contribuciones de Marx y el Marxismo, ni a renunciar a la aventura colectiva de concebir y realizar el socialismo en el Perú, así como en el conjunto de América Latina.

No cabe duda de que habrá que ahondar en la crítica de esas experiencias históricas, de esos abortos tecnoburocráticos. Igualmente, será necesario pasar revista a nuestra propia trayectoria, a las derrotas de la izquierda peruana, detectando los marcos categoriales desfasados y los estilos políticos funestos. Existe, en particular, el requerimiento de establecer una mayor coherencia entre ética y política, entre fines y medios. Habrá que tener en cuenta, a su vez, los cambios ocurridos en el mundo entero, el reordenamiento geopolítico de los bloques de poder, así como el neoliberalismo del mercado total tan en boga. Pero justamente por ello estimo que no estamos aún en 'el fin de la historia', como quisiera Fukuyama, 'el filósofo imperial del momento'. Aceptar su planteamiento equivaldría a resignarse a la realidad tal cual es o se presenta para nosotros. Pero como escribe mi amigo Oscar Ugarteche, "el fin de la historia no ha llegado a América Latina, ni siquiera ha comenzado. El capitalismo salvaje y la resistencia al Estado de bienestar keynesiano, muestran el bajo grado de desarrollo en el proceso de la historia, en términos de Fukuyama"¹⁵.

De ahí la pertinencia, entonces, de buscar otra alternativa socialista, ejerciendo la imaginación creadora y el pensamiento crítico. No ignoro que los teóricos postmodernos echan por la borda la categoría misma de fundamento, con lo cual se arruina cualquier ensayo de legitimar un proyecto emancipatorio. Sin embargo, en una sociedad tan injusta como la peruana, plagada de diversos tipos de cólera, cada vez más excluída y desconectada del resto del planeta, ¿se puede renunciar al proyecto de transformarla y a fundamentar ese proyec-

to? Opino que no, que surge el desafío, filosófico también, de volver a pensar y resignificar la utopía socialista para nuestro país, aspirando a institucionalizar relaciones sociales verdaderamente libres y solidarias. Sin olvidar que, como lo ha resaltado Agnes Heller, "es el socialismo el que existe para el mundo, no el mundo el que existe para el socialismo". Pues de lo que se trata, en definitiva, es de luchar contra todas las formas de violencia en la historia, haciendo más razonable, armónica y sensata nuestra existencia individual y colectiva. □

Notas

1. A. Flores Galindo, *Tiempo de plagas, El Caballo Rojo, Lima, 1988.*
2. Cf. A. Ibáñez, *Mariátegui: revolución y utopía, Tarea, Lima, 1978, p. 15.*
3. A. Heller, *Por una filosofía radical, El Viejo Topo, Barcelona, 1980, p. 148. Para una profundización en esta autora ver mi libro Agnes Heller: la satisfacción de las necesidades radicales, IAA-SUR, Lima, 1989.*
4. G. F. Hegel, *Prefacio a la Filosofía del Derecho.*
5. *Sobre este punto consultar a J. Habermas, El discurso filosófico de la modernidad, Taurus, Buenos Aires, 1989, p. 34.*
6. *Un avance de esta dirección se puede encontrar en las ponencias que fueron discutidas el año pasado, y que acaban de publicarse, en el coloquio sobre Modernidad en los Andes, Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas", Cusco, 1991.*
7. *Ver, por ejemplo, su ensayo sobre "Filosofía y alienación ideológica", en el volumen colectivo Perú: Hoy, Siglo XXI, México, 1971.*
8. C. Castoriadis, *Domaines de l'homme, Les carrefours du labyrinthe II. Seuil, 1986, p. 173-174.* Cf. A. Peña, *"Racionalidad occidental y racionalidad andina", en: La racionalidad, UNMSM, Lima, 1988.*
9. G. García Márquez, *La soledad de América Latina, Tarea, Lima, 1990, p. 12. Ahora que la brecha entre el Norte y el Sur se hace aún más honda, conviene subrayar que "la solidaridad con nuestros sueños no nos hará sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo" (p. 10).*
10. J. I. López Soria, *"Primum vivere... o de la actualidad de la filosofía", en: Hueso Húmero N° 26, Lima, 1990.*
11. Cf. F. Guibal, *Gramsci: filosofía, política, cultura, Tarea, Lima, 1981.*
12. *Sobre este asunto ver R. Rizo-Patrón, "Una 'ética para el futuro': entre la esperanza y la responsabilidad", en: Violencia y crisis de valores en el Perú, PUC-Fundación Tinker, Lima, 1987.*
13. *Como expresa F. Guibal, la filosofía es voluntad de razón teórica y práctica: "Y es en el seno del mundo actual, sin evaluarse en nada de sus contradicciones y luchas del presente, que*

ella se esfuerza en escuchar y dejar pasar el llamado de un futuro más razonable, inscribiéndolo en las tareas cotidianas y limitadas que incumben a toda práctica política efectiva". L'homme de désir, Sur les traces de Georges Morel, CERF-CERIT 1990, p. 32.

14. Se puede consultar el debate suscitado por la reflexión de A. Flores Galindo sobre la "Generación del 68: Ilusión y realidad", en: Márgenes Año I, N° 1, Lima, 1987.

15. O. Ugariche, "Europa del Este: una aproximación. La crisis de la hegemonía y de los paradigmas", en: Márgenes Año IV, N° 7, Lima, 1991, p. 37.